

EL OPTIMO DE PARETO FRENTE AL UTILITARISMO

MERCEDES CARRERAS
Universitat de València

ABSTRACT

Pareto's contribution to social reform in the XIX century is examined here. His criticism on Benthamite's utilitarian approach can be seen as the origin of contemporary Welfare-Economics. He sets the grounds for the rejection of interpersonal utility comparisons, proposing an alternative criterion.

After reviewing his redefinition of the concept of *utility* in Economics and its measure, the paper focuses on the genesis of Pareto's optimal from his approach of the maximum of *ophelimité* for society.

Vilfredo Pareto no permaneció ajeno a las corrientes relacionadas con el reformismo social decimonónico donde el utilitarismo de origen benthamita ocupa un lugar destacado. En este sentido podemos considerar su crítica a estas corrientes como la raíz de la moderna economía del bienestar donde Pareto asienta las primeras bases con su rechazo de la posibilidad de realizar comparaciones interpersonales de utilidad, arbitrando un criterio que tratara de obviarlas. Tras exponer las líneas básicas de la problemática en torno a su redefinición del concepto de utilidad en economía y su medida, me centraré en la génesis del óptimo de Pareto a partir de su noción de ofelimitad para la sociedad.

1. PARETO Y LOS ORÍGENES DE LA WELFARE ECONOMICS

La economía del bienestar es la rama de la teoría económica que se ocupa de la deseabilidad social de distintos estados de la

economía. Por ello, comprende el campo de estudio que trata de formular proposiciones mediante las cuales podemos ordenar, en una escala de mejor a peor, unas situaciones económicas alternativas. La noción de bienestar económico estaba presente en autores anteriores a Pareto, si bien ninguno de sus predecesores trató de relacionar diferentes óptimos con diferentes distribuciones del ingreso y proceder a su análisis comparativo. Los orígenes de la economía del bienestar se remontan a la década de 1870. Aunque sus antecedentes más inmediatos fueron Jeremy Bentham y John Stuart Mill, cabe distinguir dos corrientes de pensamiento: la utilitarista, con Sidwick (artífice de la distinción entre economía positiva y economía normativa, donde se situaría la *welfare economics*), Marshall y Pigou, que fue el primero en acuñar la expresión: «*welfare economics*» en su obra, *The Economics of Welfare*, London, Macmillan, 1920; y la no utilitarista con Pareto, heredero de la tradición marginalista de la escuela de Lausanne.

Volviendo al s. XIX, hay que reconocer que la contribución más notable a este respecto fue el felicific calculus de Bentham¹, que suponía implícitamente una medida cardinal de la utilidad que hacía posible las comparaciones interpersonales. Tales cálculos pretendían revelar la intensidad de las preferencias individuales, cosa que únicamente es posible mediante declaraciones personales; y asumían acríticamente que todos los individuos tienen idénticas funciones de ingreso y utilidad. Se seguía entonces que sólo se alcanza una asignación óptima de los recursos cuando la distribución del ingreso fuera absolutamente igualitaria. De esta forma, el bienestar social o agregado resultaría de sumar el bienestar de cada individuo con independencia de su riqueza².

¹ Bentham trató de completar el principio utilitarista con una serie de criterios para calcular el máximo de utilidad o felicidad posible, es decir, de acuerdo con su propio concepto, el máximo de placer y el mínimo de dolor. Estos criterios son siete: los cuatro primeros (intensidad, duración, certeza y proximidad o lejanía del placer o del dolor) se refieren al cálculo del placer o del dolor en sí mismos; los dos siguientes (fecundidad e impureza) se refieren a la cantidad de placer o dolor que puede producir un acto; y el séptimo consiste en tener en cuenta el número de personas o la extensión que abarca el disfrute o padecimiento del placer o del dolor. Vid. *An Introduction to the Principles of Morals and Legislation* (1789), London, Methuen, 1982, cap. IV, pp. 38-41.

² Cfr. Mark Blaug, *Economic Theory in Retrospect*, Howewood (Illinois), Richard D. Irving, 1968, p. 589.

1.1. LA OFELIMIDAD COMO UTILIDAD ORDINAL

Desde sus comienzos como economista, Pareto se interesó por la utilidad y su medida. Entendía que la ciencia económica no se ocupa de lo útil y lo escaso en general, sino sólo de una determinada noción de lo útil y de lo escaso. Para evitar las ambigüedades y confusiones que suscita el empleo de los términos utilidad y escasez, acuña el término «ofelinidad»³ (a partir de la raíz griega «ofelimos») que expresa la relación de conveniencia que hace que una cosa satisfaga una necesidad, de la que se ocupa verdaderamente la ciencia económica. La ofelinidad es una versión neutralizada de la utilidad, que expresa un intento de extraer del análisis del valor todas las sugerencias de ética utilitarista o hedonista. Ofelinidad significa simplemente lo que hace a un bien deseable para el consumidor, que le convierte realmente en un bien o no. Se refiere, pues, a los resultados que cada individuo pretende obtener y maximizar con su renta, con independencia del carácter beneficioso o perjudicial del resultado y de la naturaleza del fin que se proponga alcanzar.

Frente a las connotaciones éticas y psicológicas de la utilidad, esta nueva palabra trataba de expresar la relación de conveniencia según la cual una cosa satisface una necesidad o un deseo, sea legítimo o no, sin necesidad de medir su intensidad. Ocurre que la utilidad es siempre «utilitarista» en el sentido de Bentham⁴, mientras que la ofelinidad puede no serlo⁵. Hacia

³ Vilfredo Pareto, *Manuel d'Economie Politique*, cap. III &30 «En economía política, la voz utilidad tiene un sentido distinto del corriente. De manera que según el significado usual del término, la morfina no es útil puesto que es perjudicial al morfínómano; y sin embargo sí es útil desde el punto de vista económico, pues satisface una de sus necesidades, aunque sea malsana. Aunque los economistas anteriores mencionaron el equívoco, éste se olvida a menudo: también es indispensable no emplear la misma palabra para indicar cosas muy diferentes. Hemos propuesto en nuestro *Cours* designar la utilidad económica con la palabra ophelimité».

⁴ Jeremy Bentham, *A Fragment on Government* (1776), Oxford, Oxford University Press, 1931, p. 93 «La mayor felicidad del mayor número es la medida de lo que está bien y de lo que está mal en el orden moral».

Jeremy Bentham, «Filosofía de la Ciencia Económica», en *Escritos Económicos*, México, FCE, 1978, p. 178 §XXI «Por utilidad se entiende la propiedad, en cualquier objeto, por medio de la cual, tiende a producir beneficio, ventaja, placer, bien o felicidad».

⁵ Vilfredo Pareto, *Cours d' Economie Politique*, §4 «El oro tenía cierta ofelinidad para los Indios de las Antillas; es dudoso que alguna vez les haya sido útil, y al provocar la avaricia de los españoles se convirtió en perjudicial. El trigo, transformado en pan, tiene una gran ofelinidad para casi todos los hombres y una gran utilidad para la raza humana. Las medicinas no proporcionan ninguna ofelinidad al niño; resultan útiles a quienes saben o

1900, Pareto abandonó la noción de la utilidad cardinal medible. Ni su análisis positivo de la economía, ni su noción de equilibrio general era compatible con una utilidad mensurable. En esta época se creía que la utilidad era medible cardinalmente y se pensaba la satisfacción («utils») producida por el consumo de los distintos bienes podía ser aditiva. Además, la utilidad que reportaba un bien se consideraba independiente del índice de consumo de otros bienes. En la obra de Hermann-Heinrich Gossen (1854), Stanley Jevons y Léon Walras (1870), la teoría de la utilidad permanecía hedonista en esencia. Francis Y. Edgeworth en 1881 y después Irving Fisher en 1892, aunque rechazaron su carácter aditivo, pues reconocían que la utilidad que reportaba un bien dependía de la utilidad que proporcionaban los demás bienes consumidos, insistieron en que la utilidad era mensurable cardinalmente. Pareto en el *Manuel* (1906), dio una orientación nueva a la teoría proporcionando las bases de lo que sería la moderna teoría del comportamiento del consumidor.

Pareto alcanzó este objetivo en el *Manuel* mediante el uso de las curvas de indiferencia de Edgeworth⁶ que expresan aquellas combinaciones de bienes económicos que no tienen por qué alterar una decisión. El principio económico se establecía, sencillamente, observando la selección de bienes que se hacía para satisfacer una necesidad.

Aunque se inspiró en las curvas de indiferencia de Edgeworth, invirtió el proceso. El análisis Edgeworth requería primero la medida de la utilidad de los dos bienes en cuestión, para trazar después las curvas de indiferencia. Según Pareto las curvas constituían la representación empírica de las preferencias del consumidor, sin que fuera necesario medir la utilidad de esos bienes en términos cardinales. Bastaba con conocer la escala de preferencias individuales sobre una combinación determinada de bienes. Al mismo tiempo, este procedimiento servía para prescindir de las comparaciones interpersonales de utilidad. La función de utilidad se sustituyó por una función índice. La nueva *función índice de utilidad* expresaba si una determinada combinación de bienes ofrecía a un sujeto más utilidad que otra, pero no cuánta, permitiendo ordenarlas según les reportaran más o

creen que le sanarán. Si realmente curan, serán útiles tanto para el adulto como para el niño».

⁶ Una curva de indiferencia es la representación gráfica de las distintas combinaciones que se pueden realizar con las cantidades de dos bienes y que producen el mismo grado de satisfacción en el consumidor.

menos utilidad. Ello se representa mediante curvas de indiferencia que agrupan todas las combinaciones de bienes que resultan indiferentes al sujeto considerado, al ofrecerle una utilidad similar.

La ofelinidad elemental (es lo que llamamos utilidad marginal entendida como la satisfacción que a una unidad económica proporciona la última unidad poseída de un bien), no dependía sólo de las cantidades de un bien concreto sino que, a través de las relaciones de sustitución y complementariedad, dependía de la totalidad de bienes económicos disponibles. Este planteamiento exige renunciar al concepto de utilidad medible o utilidad de algún modo comparable o utilidad ordinal. Así el problema de las comparaciones interpersonales de utilidad se podía resolver mediante la decisión entre diversas combinaciones de bienes económicos. Dado que el máximo de ofelinidad *de* la comunidad no consistía en una mera suma de satisfacciones individuales, puesto que eran cantidades heterogéneas, Pareto trató de transformarlas en magnitudes homogéneas (índices de bienestar). A estos efectos prefirió sustituir la jerarquía de necesidades por la jerarquía de bienes⁷. Con la utilidad ordinal bastaba con mostrar la escala individual de preferencias para combinaciones de ciertos bienes. Era de suponer que el consumidor individual conocía qué ofelinidad recibía de una combinación en comparación con otras. No hacía falta saber si la utilidad era mensurable o no. Se tomaba la preferencia simplemente como un hecho de la experiencia. Así, al decir que un individuo maximizaba su utilidad, suponían que este sujeto, ante la posibilidad de elegir entre varias alternativas, actuaba de forma coherente de manera que, si prefería *A* a *B* y *B* a *C*, también prefería *A* a *C*. Como no es posible medir una magnitud subjetiva y psicológica mediante una escala

⁷ Vilfredo Pareto, *Manuel d'Economie Politique*, cap. IV §32 «La ofelinidad, o su indicio, para un individuo, y la ofelinidad o su indicio, para otro individuo, son cantidades heterogéneas. No pueden sumarse en conjunto, ni compararse. No bridge, como dicen los ingleses. No existe una suma de la ofelinidad que gozarían diferentes individuos; es una expresión sin sentido».

Para hallar la utilidad total, habría que sumar las utilidades individuales, esto es, las satisfacciones subjetivas que los agentes económicos obtienen de los recursos de que disponen. Sin embargo, como la utilidad no es algo que se pueda medir y sumar, el bienestar no puede determinarse mediante la maximización de la utilidad total.

Vilfredo Pareto, *Traité de Sociologie Générale* §2133 «En Economía pura no se puede considerar una colectividad como una persona. La ofelinidad de una colectividad no existe».

absoluta, se recurre a la descripción del comportamiento de cada consumidor individual en términos de ordenación de preferencias⁸.

1.2. DOS TIPOS DE OFELIMIDAD

El economista no emite juicios valorativos sobre las diversas escalas de preferencia establecidas libremente por cada individuo⁹. Efectúa un análisis objetivo pues no realiza ninguna comparación entre las satisfacciones de los distintos sujetos. Un individuo actuará lógicamente si tiende a elevar todo lo posible su ofelicidad. No obstante si pretendemos trasladar el concepto de ofelicidad a la sociedad, encontraremos por lo menos dos dificultades:

1ª La sociedad no es una persona, y por tanto carece de escala de preferencias, pues los individuos que la componen suelen tener jerarquías bien distintas¹⁰. Según Pareto la tarea del economista sería descubrir los máximos de ofelicidad *para* una comunidad antes que el máximo de ofelicidad *de* la comunidad. Resulta que para alcanzar esta última es necesario comparar las ofelidades de los distintos individuos, «precisamente porque estas no pueden compararse, ya que son cantidades heterogéne-

⁸ «Tratar de medir con exactitud la utilidad es, a primera vista, tan absurdo como afirmar que una persona es una vez y media más amable que otra» (Knut Wicksell), citado por Francesco Campanella en *El Pensamiento Neoclásico*, Barcelona, Oikos-Tau, 1989, p. 24. Campanella no da la referencia de dónde toma esta cita.

⁹ Vilfredo Pareto, *Traité de Sociologie Générale* §2110 «La Economía pura ha elegido una norma única: la satisfacción del individuo y ha establecido que él es el único juez de dicha satisfacción. Así ha sido definida la utilidad económica, o sea la ofelicidad. Pero si nos planteamos el problema, también muy simple, de buscar lo que le es más útil a un individuo, haciendo abstracción de su juicio, inmediatamente aparece la necesidad de una norma que es arbitraria. Por ejemplo ¿Diremos que le es útil sufrir físicamente para gozar moralmente o viceversa? ¿Afirmaremos que le beneficia buscar sólo la riqueza o aspirar a alguna otra cosa? En economía pura le dejábamos decidir a él».

¹⁰ *Traité de Sociologie Générale* §2126 «Si las utilidades de los individuos en sí fueran cantidades homogéneas y que, por consiguiente, se pudieran comparar y sumar, nuestro estudio no sería difícil, al menos en teoría. Se sumarían las utilidades de los diversos individuos y se obtendría la utilidad de la colectividad formada por ellos»

Esta posición presupone una aproximación intuitiva a la problemática subyacente en el teorema de la imposibilidad de Arrow.

as, no cabe hablar de un máximo de ofelimity de la comunidad dado que ésta no existe»¹¹.

2ª La utilidad no es un concepto definido y unívoco, es necesario que el científico social determine con precisión qué sentido le atribuye¹².

En tercer lugar, podemos medir con rigor la ofelimity de un individuo, siempre que aceptemos «a priori» como válida la escala de preferencias del individuo que actúa. Una colectividad puede entenderse como una unidad o también como un conjunto de individuos. Este es un aspecto que Pareto toma en cuenta toda vez que, lejos de armonizar, con frecuencia la utilidad del individuo es contraria a la de la colectividad y viceversa¹³. Esta dualidad determina la existencia de dos tipos de utilidad, empleando el lenguaje de Pareto, la «utilidad» *de* una comunidad y la utilidad *para* una comunidad. Por la utilidad *de* una comunidad (como unidad) Pareto entiende lo que podría llamarse el valor de supervivencia de la comunidad, su fuerza y poder de resistencia contra otras comunidades. Esta clase de utilidad se puede estudiar objetivamente: cabe observar si la comunidad logra sostenerse en sus luchas con los rivales vecinos o si es conquistada y desaparece como comunidad autónoma. Con la utilidad *para* una comunidad (integrada por individuos) Pareto se refiere a su

¹¹ Vilfredo Pareto, *Traité de Sociologie Générale* §2130.

¹² Vilfredo Pareto, *Traité de Sociologie Générale* §2143 «no existe, ni puede existir una sociedad determinada exclusivamente por la razón. Y ello no ya porque los prejuicios de los hombres les impiden seguir las enseñanzas de la razón, sino porque faltan los datos del problema que se quiere resolver mediante el método lógico-experimental. Y aquí aparece la indeterminación de la idea de utilidad. Los conceptos que los diversos individuos tienen acerca del bien propio y el ajeno son esencialmente heterogéneos y no hay modo de reducirlos a la unidad»

¹³ Vilfredo Pareto, *Traité de Sociologie Générale* §2115 «hay que tener en cuenta los siguientes generos:

(u) Utilidad del individuo:

(a-1) Utilidad directa;

(a-2) Utilidad indirecta, obtenida porque el individuo forma parte de una colectividad.

(a-3) Utilidad de un individuo en relación con las utilidades de los otros;

(b) Utilidad de una determinada colectividad. Para estas se pueden hacer distinciones análogas a las precedentes:

(b-1) Utilidad directa para la colectividad, considerada separadamente de las otras;

(b-2) Utilidad indirecta para la colectividad, obtenida por reflejo de otras colectividades;

(b-3) Utilidad de una colectividad, en relación con las utilidades de las otras».

bienestar interno, la felicidad y la satisfacción de sus miembros. Esta segunda utilidad es puramente subjetiva o relativa; en efecto, lo que es internamente útil a la comunidad depende de lo que deseen los miembros de la comunidad, es decir, de lo que ellos creen que constituye la felicidad y la satisfacción¹⁴. El máximo de utilidad *para* una colectividad es el punto a partir del cual es imposible aumentar la utilidad de un individuo sin disminuir la de otro. Mientras no se alcance este punto, es decir, mientras sea posible aumentar la utilidad de unos sin disminuir la de nadie, no se obtiene el óptimo y es racional seguir adelante. Este máximo de utilidad para una colectividad se trata de un criterio. Si se define la utilidad en términos de ofelinidad, tal como se hace en economía pura, es lógico que los gobernantes quieran llegar al punto de máxima utilidad para todos¹⁵.

2. EL CRITERIO DE PARETO

Vilfredo Pareto realizó una construcción rigurosa del fundamento de la teoría de la máxima eficiencia de la dirección de la economía o máxima ofelinidad para la sociedad. Los economistas de habla inglesa conocen este concepto con el nombre de asignación óptima de los recursos que ha cristalizado en la expresión «óptimo de Pareto», no muy acertada a juicio de Maurice Allais. La falta de rigor de esta denominación se acentúa si se tiene en cuenta que Pareto ideó un criterio de eficiencia, no un criterio de optimalidad, pues se trata de un ordenado incompleto. Según Pareto, para alcanzar la cota de máximo bienestar la sociedad debe funcionar de manera que la ofelinidad de algunos no pueda aumentar sin detrimento de otros. Podemos estar seguros que el bienestar se ha alcanzado, sólo si todos los miembros de la comunidad se benefician. Por tanto, una situación es eficiente cuando no es posible encontrar otra situación en que alguien pueda ver mejorada su posición, sin que para ello al menos otra persona vea empeorada la suya.

¹⁴ J. Almaraz, *La Teoría Sociológica de Talcott Parsons*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1981, p. 124 «El máximo de ofelinidad para una colectividad ha de entenderse distributivamente, es decir, como el máximo de ofelinidad para los miembros de tal colectividad».

¹⁵ *Traité de Sociologie Générale* §2129 «Cuando la colectividad está en un punto Q, del que puede alejarse beneficiando a todos los individuos, procurando a todos mayor disfrute, es evidente que, desde el punto de vista económico, conviene no detenerse en ese punto, sino continuar alejándose mientras ello beneficie a todos».

El criterio de Pareto puede emplearse para determinar si una propuesta de cambio en política supondría o no una mejora. Su función es limitada pues no podría aplicarse en el caso de una política mediante la cual unos pudieran ganar y otros perder. El concepto de equidad se refiere a la forma en que se distribuyen los bienes entre los individuos, entre los distintos factores de producción, áreas geográficas, o cualquier otro denominador que se desee. Sin embargo, Pareto no puso en cuestión la redistribución de la riqueza, ni se preocupó por el máximo de satisfacción. Trató de elaborar un óptimo colectivo y dotarlo de una base sólida y rigurosa.

El pensamiento de Pareto sobre la teoría de la eficiencia fue cobrando precisión gradualmente. Se percibe ya en el *Cours d'Economie Politique* (1896-1897), vol. II §721n: «¿Qué podemos hacer si al aumentar el bienestar de ciertos individuos disminuimos el de otros? ¿Cuáles deben ser los valores de los coeficientes de fabricación para que la suma de las mercancías obtenidas, ya distribuidas de una manera conveniente, proporcione a cada uno el máximo de ofelicidad?». La formulación definitiva de su teoría de la máxima ofelicidad para la sociedad figura en el *Traité de Sociologie Générale* §218 a 2131.

Lo primero que llama la atención es que, desde la perspectiva de este criterio, la bondad de una situación determinada depende de si existe consenso al respecto, esto es, si todas las partes afectadas la consideran como buena, dado el carácter subjetivo de la ofelicidad. De ello resulta que toda consideración sobre el bienestar tiene que asentarse en juicios de valor referidos a lo que es deseable para el grupo político, introduciendo por tanto implícitamente connotaciones morales o de ética social. Si bien el pretendido cientifismo de su análisis le obliga a distanciarse del puro subjetivismo. De ahí su esfuerzo por autolimitarse en aras de una objetivización de valores de aceptación lo más universal posible¹⁶. Así, el valor de la definición de bienestar de Pareto consistió en hacer perfectamente clara la separación entre la eficiencia y la equidad. No obstante su autor continuó creyendo que sólo podrían formularse pronunciamientos válidos acerca de la política económica si se basaban en consideraciones de efi-

¹⁶ Jeremy Bentham, *An Introduction to the Principles of Morals and Legislation*, (1789), London, Methuen, 1982, cap. I, sec. IV, p. 12 «La comunidad es un cuerpo ficticio compuesto de personas individuales que forman sus distintos miembros. ¿Cuál es pues el interés de la comunidad? La suma de los intereses de los distintos miembros que la componen».

ciencia. También es cierto que el objetivo de la eficiencia está poco sujeto a controversia en sí mismo. En este sentido la teoría del óptimo pretende intervenir sin tomar partido por ningún bando y así actuar en el interés de un sistema en su conjunto.

Para escapar a la necesidad de hacer comparaciones interpersonales de utilidad, Pareto se negó a evaluar los cambios ambiguos del bienestar. De esta forma, sigue una concepción de bienestar que da cabida a un número indeterminado de óptimos no comparables, evitando la posición de Bentham que supone un óptimo social único¹⁷.

En 1939, la New Welfare Economics aparece como el intento de abandonar el concepto tradicional de utilidad cardinal y sustituir el criterio de maximización de la utilidad por el criterio de Pareto. Lo que se olvida a menudo es el interés que despiertan las premisas éticas en sus bases y las cuestiones de asignación. Sin embargo nos enfrentamos a una doble problemática:

1^a. Si bien en el plano teórico el desarrollo es factible, su valor operativo es casi inexistente. En una comunidad donde haya baremos de millones de individuos, conocer el modelo requerido de interdependencia es prácticamente inalcanzable. Pueden realizarse encuestas y muestreos. Pero no cabe considerar que una política distributiva, elaborada a partir de tales medios de información, vaya a favorecer a todos los miembros de la comunidad. Recordemos que una justificación paretiana de tales políticas no puede adoptar la forma de «en tal porcentaje» o «con tal probabilidad». El criterio de Pareto, como hemos visto antes, requiere que cada contribuyente individual se beneficie de la transferencia que se realiza en su nombre. Si entre los millones de ciudadanos cuyo dinero va a transferirse a otros, uno solo muestra su disconformidad ya no hay base para proceder a una transferencia tal. Nada menos que una información detallada sobre cada sujeto aseguraría el consentimiento de todos los implicados.

2^a. La validez del concepto es deficiente. Las redistribuciones eficientes según Pareto no resuelven el problema de la distribución. Esto es así porque cualquier movimiento hacia el óptimo parte de una distribución de bienes previa¹⁸ y por tanto presupo-

¹⁷ Richard A. Musgrave, «Pareto Optimal Redistribution: Comment», *The American Economic Review*, 1970, n° LX, p. 991 «Por tanto, la redistribución óptima según Pareto constituye una redistribución secundaria que depende de la distribución de rentas inicial».

¹⁸ En este sentido vid. Salvador Barberá Sáenz, «Justicia, Equidad y Eficiencia», *Hacienda Pública*, 1978, p. 213.

ne la existencia de una distribución inicial de la renta efectiva. Virtualmente puede haber un número ilimitado de distribuciones iniciales de renta efectiva al que correspondería también un número ilimitado de posibles distribuciones óptimas según Pareto. Por tanto subsiste el problema de elegir entre las distribuciones óptimas al uso que a su vez dependerán de la distribución de renta inicial previa a los impuestos que se haya elegido. Pero esta última opción no puede realizarse conforme a un criterio de eficiencia sino utilizando un criterio distributivo: una vez más nos encontramos con el conflicto entre eficiencia y distribución que llevó a los economistas a adoptar el criterio dual. A la larga, los individuos rara vez se muestran indiferentes ante estas cuestiones, toda vez que hay unos tipos de distribución que pueden proporcionarle más satisfacción que otros. Por tanto, cabe afirmar que en general la distribución de la renta sí forma parte de cada función de utilidad.

Pese a las múltiples interpretaciones existentes sobre su pensamiento en esta materia, hay casi un consenso total¹⁹ acerca de qué constituye un óptimo de Pareto: indica una posición (organización o punto) tal que cualquier cambio operado para favorecer a unos supondría perjudicar a otros. Se refiere al grado máximo de eficiencia que puede ser alcanzado en la sociedad como la situación en que se consigue que los recursos escasos sean asignados sin despilfarro (eficientemente) y sin posibilidad de modificación, pues ésta supondría un empeoramiento. En otras palabras, si ese punto se alcanza no es posible que aumente la utilidad de algunos consumidores sin que disminuya al mismo tiempo la de otros. Es, por tanto, imposible mejorar el bienestar de alguien, en el sentido de transportarlo a una posición que prefiera, transformando bienes y servicios mediante la producción o el intercambio, sin reducir el bienestar de alguna otra persona. Desde esta posición no es posible mejorar «a todos» mediante una reasignación de factores. Así el criterio de Pareto puede conducir a un óptimo ideal si presumimos que la distribución de ingresos es también ideal. En otro caso, sólo nos ayuda a entender cómo los individuos pueden obtener el máximo de bienestar dentro de los límites de sus respectivos ingresos. El criterio de Pareto nos permite también calificar la idoneidad de los cambios de una situación a otra. Así definimos un cambio como Pareto eficiente (superior u óptimo) si mejora por lo menos la situación de una persona sin empeorar la situación de nadie: «Una situación *A*, es su-

¹⁹ Por esto se dice que el concepto de óptimo de Pareto es más amplio que el de eficiencia productiva.

perior, según Pareto, a otra situación *B*, si y sólo si nadie está peor en *A* que en *B*, y al menos hay una persona que se encuentra mejor en *A* que en *B*». Parece obvio que si una persona está mejor en una situación que en otra, ello depende de su bienestar relativo dado que presumimos que cada individuo es el mejor juez de su propio bienestar. También podemos enunciar el criterio de Pareto como sigue: «*A* constituye una situación Pareto superior a *B*, si y sólo si nadie prefiere *B* a *A*, y al menos una persona prefiere *A* a *B*». Podemos decir que, como en las mejoras de Pareto nadie está peor, no hay perdedores cuyas pérdidas haya que descontar/comparar a las ganancias de los ganadores. Si al menos hay una persona mejor, que experimenta mayor utilidad en *A* que en *B*, y nadie está peor en *A* que en *B*, si nos desplazamos de *B* a *A*, hay una ganancia neta en la utilidad total. Es así como el criterio paretiano de superioridad evita las comparaciones interpersonales de utilidad propias del utilitarismo clásico. Cabe concluir pues que una situación óptima según Pareto carece de situaciones Pareto-superiores a ella, cuando ya no se puede mejorar a nadie sin empeorar a alguien. Cuando los recursos se distribuyen de una forma óptima según Pareto, no hay manera de favorecer a alguien sin al mismo tiempo empeorar a nadie: no es posible aumentar la utilidad neta total mediante la satisfacción del criterio Pareto-superior. Matemáticamente el óptimo de Pareto es equivalente a la maximización de una suma de objetos que no pueden medirse con una unidad común, es decir, que la maximización debe realizarse independientemente dentro de cada grupo de objetos, o sea en relación con la utilidad de cada individuo en particular. De este modo, las políticas públicas debían estar encaminadas a mejorar la posición de algunos miembros al menos de la comunidad sin que ello entrañara perjuicio para ningún otro. Con el objetivo último de alcanzar una situación en la que ya no es posible mejorar la posición de ningún individuo sin empeorar la de alguien. Sin embargo esto no es suficiente para determinar las consecuencias políticas de un proyecto, pues puede ocurrir que un plan que no sea óptimo de Pareto atraiga más votos. Al alcanzar la posición óptima *A* y *B* maximizarán su bienestar pero seguirán siendo un mendigo y un millonario si así lo eran en un principio. Es obvio entonces que en una sociedad donde abundan las desigualdades de renta, «maximizar» el bienestar estará limitado por lo que tal sociedad pueda ofrecer. Accidentalmente cabe observar que, aunque Pareto asumió la distribución de ingresos como algo dado, en su intento de no pronunciarse sobre tal cuestión, aceptar la curva de contrato como la representación del bienestar óptimo supone ya una to-

ma de postura en torno al bienestar. La eficiencia a la que se refiere Pareto supone que cada individuo se encuentre «lo mejor posible» según la manera en que las múltiples formas en que los recursos escasos susceptibles de usos alternativos (bienes económicos) pueden incidir en ese factor tan ambiguo que denominamos bienestar. El criterio de la superioridad paretiana sólo procede cuando no hay perdedores, de manera que la compensación posterior se ha convertido en la clave para alcanzarlo cuando los hay.